

SERGIO VILLALOBOS: *Historia del Pueblo Chileno*. Tomo III, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, 1986.

La lectura del Tomo III de la *Historia del Pueblo Chileno* nos introduce en un siglo, hasta ahora, mirado a menos o confundido con el brillante siglo XVI.

El siglo de la crisis, el siglo de la medianía. Villalobos y otros historiadores, como Pierre Vilar, Henry Kamen, J. H. Elliot, han demostrado en sus investigaciones que el siglo XVII es algo más que una crisis.

Sin duda que el problema español de ésta época tiene, para nosotros, una gran importancia, aunque soslayamos el siglo de oro que abarca gran parte del período estudiado, por las implicaciones políticas, económicas y sociales de la España de los últimos Austrias.

Se nos presentan en sucesión los problemas españoles. La decadencia política puede precisarse y fecharse. Los monarcas (Felipe III, Felipe IV, y Carlos II sobre todo) son unos débiles hombres. Entre los favoritos, excepto Olivares que, con su "pasión de mando", tiene alguna grandeza, la mayoría está compuesta por mediocres intrigantes.

La etiqueta, la corrupción y la intriga afectan la eficacia del poder central.

Fuera de la península el desmoronamiento es irreparable. En 1640 Portugal se pierde, la alianza austriaca, contra Richelieu o Mazarino, no es sino un semillero de fracasos. Los tratados de 1648 registran la libertad de las Provincias Unidas, la pérdida de Artouis y de las plazas flamencas.

El fenómeno económico, producido en este siglo, es también cada día mejor conocido y analizado. La inflación de los medios monetarios, los beneficios coloniales, sobre todo mineros, combinándose con la falla o carencia de mano de obra, hacían subir rápidamente los precios de costo españoles, sobre todo andaluces y castellanos, por encima de los productos extranjeros. Hacia 1620 la eliminación de la empresa española, en el mercado mundial, estaba consumada.

El problema inflacionario se convierte en un agente destructor. El metal precioso, verdadera cosecha anual de España, fue exportado contra importaciones en masa.

El fenómeno social nos muestra a una figura de época. Es el pícaro, quien reemplaza al hidalgo, pasando a ser este último una figura patética que se aferra a sus privilegios y protesta vivir en consonancia con los anti-

guos valores. La picardía es un efecto del parasitismo. La abundancia de desheredados y de segundones da lugar a una sociedad propicia a los ardides y los engaños.

—“En la picardía lo que suda es el ingenio y lo que se ejercita el disimulo”.

Este marco general de historia europea y, sobre todo, española es el que toma en cuenta Villalobos para poder explicar y llegar a determinar las características de la colonia durante el siglo XVII.

El libro está dividido en tres grandes temas: político, religioso y guerrero. Este último, desgraciadamente, tratado sólo en sus inicios.

leyendo los primeros cuatro capítulos, que corresponden al gobierno y la política, queda de manifiesto la importancia que le otorga el autor a la necesidad de conocer a fondo la problemática europea, y aún más la española, para poder entender la situación colonial y el papel desempeñado por la Capitanía General inserta en el imperio ultramarino.

Comprendemos, entonces, el marco de la disputa de nacientes estados europeos en el mar y playas americanas, la presencia de “extranjeros” en el extremo sur, las medidas de defensa que toma España para evitar la pérdida de sus grandes dominios e, incluso, comprender nuestra dependencia del virreinato peruano.

Estos capítulos mencionan los distintos organismos e instituciones que fueron creados por la Corona y las funciones y atribuciones, muy precisas, que ellos tenían para la administración de las colonias. A través de ellas el autor trata de captar el sentido de la acción gubernativa que se nutre, como nos dice, de situaciones reales y variadas, para comprender las mutuas influencias y las deformaciones que se dejan sentir en la actividad pública.

Para llegar a lo anterior se pregunta: ¿Cuáles eran los vicios del gobierno colonial? ¿Cómo procuró corregirlos la Corona? ¿Cómo fueron los gobernadores del siglo XVII?

Por medio de acertados y amenos ejemplos nos deja en claro cómo, a veces, la teoría no se ajustaba con la práctica. Es así que la justicia no actuaba con el celo o la efectividad requerida. Se exponen los casos de gobernadores como Lazo de la Vega, los juicios de residencia, muy poco efectivos, y la venta de cargos públicos. Echa por tierra la tesis de los malos regentes, ya que expone, con sobradas razones, la calidad de éstos por lo menos la primera mitad del siglo XVII.

También afirma que el esfuerzo organizativo, a pesar de los defectos, se lleva a cabo no sólo por acción de la Corona, sino también por el peso de la conciencia colectiva que busca la equidad y el orden. En el trasfondo de la confusión jamás dejó de haber referencia al cuadro ético y jurídico que debía reglar la conducta de los vasallos y de la autoridad.

Comprendemos así que el ordenamiento de la existencia pública fue uno de los procesos más largos y trabajosos de la época colonial. Con él se gestó una conciencia institucional que, para el autor, se prolonga hasta la República, alcanzando a partir de ésta una notable solidez.

El segundo tema analizado por Villalobos, en dos capítulos, corresponde a la religiosidad barroca y al trabajo misionero.

La colonia ha sido la única época en la cual la visión trascendente orientó la existencia de una mentalidad unitaria. A pesar de esta realidad, el autor plantea que hay fuertes contrastes con la autenticidad.

La religión no logró elevar la conducta moral de la sociedad. La Iglesia no tuvo la influencia incontrastable que se ha supuesto, ni siquiera los gruesos muros de los conventos podían detener la huella de la vida mundana. Ahí estaban el orgullo y la vanidad, las diferencias sociales y la ostentación, el uso del poder y las ventajas de la riqueza, la envidia y los problemas de cada uno.

Desde España la manifestación de la fe tenía un carácter ostentoso que en América se prolongó y reforzó por nuevas exigencias. Era indispensable impresionar a las masas indígenas y mestizas mediante visiones crudas y espectaculares. La arquitectura, la pintura, la imaginería también obedecieron a esos propósitos.

La vivencia barroca se expresó hasta alcanzar modalidades de deterioro colectivo.

Con la lectura de estos capítulos nos queda muy en claro la piedad y la vida religiosa de la época, insertando en ella el estudio de las instituciones eclesiásticas. El patronato real sobre la Iglesia indiana, la llegada de diversas órdenes religiosas y el papel jugado por la Inquisición fueron ingredientes clásicos del Barroco y sus contradicciones.

Se analiza el trabajo misionero y la acción evangelizadora en el territorio sometido. Este fue a través de los puntos de irradiación en que se constituyeron "las doctrinas".

La labor religiosa resultó más fructífera en el elemento popular de las ciudades coloniales.

Se pregunta, al fin, el autor: ¿había una real comprensión de la religión o era solamente un sincretismo que adoptaba las formas externas sin captar el fondo?

Concluye que no era religión pura, sincretismo o folclore, sino una manifestación vigorosa de un mundo mestizo que procuraba forjar su propia cultura y que, necesariamente, tenía una visión religiosa diferente.

La religiosidad mestiza no carecía de fe, era un nivel de comprensión y sentimiento aunado con la sensualidad de la vida.

El último tema del libro corresponde a la situación de la Araucanía, la problemática de la guerra de Arauco y la situación de la frontera. Hoy presenciemos una verdadera renovación en esta área, donde se han revisado y cuestionado enfoques en cuanto a la duración e intensidad de la guerra misma. Los postulados sostenidos por las crónicas militares han quedado absolutamente objetados.

No podemos omitir en este comentario libros tan importantes como *Relaciones Fronterizas*, editado por nuestra Universidad en 1982; *Araucanía*;

temas de historia fronteriza, editado por la Universidad de La Frontera en 1985, libros en los que también Sergio Villalobos ha colaborado. Estos han analizado a fondo el problema y cuestionado uno de los aspectos fundamentales que atañe a la larga duración del conflicto.

El desastre de Curalaba, en 1598, sirve como punto de partida al análisis del tema, Villalobos lo ve como el fenómeno que provocó el posterior gran levantamiento y la destrucción de las ciudades del sur.

Así como la muerte de don Pedro de Valdivia, en 1553, provoca un alzamiento general, la muerte de Martín Oñez de Loyola, junto a cincuenta hombres, envalentona a los indígenas, provocando la unión de los levos y la generalización de la lucha.

No hay un plan de resistencia, no hay una logística de parte de los toquis conductores de los "ejércitos indígenas". Se aprecia como, por el prestigio logrado por ellos al vencer a un gobernador, provoca la unión con otros levos universalizando la contienda.

Con gran claridad van asomando las etapas no sólo del levantamiento, sino también de sucesos posteriores a éste como la "guerra a muerte" y el proyecto del jesuita Luis de Valdivia, conocido como "Guerra defensiva".

El autor analiza el plan de crear una zona de frontera que, como bien dice, es anterior al gobernador Alonso de Rivera. Este lo pone en práctica modificando no sólo el método sino también el funcionamiento, la conformación y la estrategia de las exiguas fuerzas que conformaban el ejército de la Araucanía.

En síntesis, a mi juicio lo más destacado del libro reseñado corresponde a los capítulos concernientes a la religiosidad en el siglo XVII.

En ellos el autor logra una interpretación rica y novedosa de un tema, hasta ahora tratado con tanta aridez por la historiografía tradicional chilena.

Cabe destacar el buen uso de las fuentes documentales y el apego a ellas por parte del autor.

Existe un profundo esfuerzo por penetrar en el pensar y sentir de un siglo distante cronológicamente, logrando sacarlo de ese marco, netamente teórico, y mostrarlo como una época con fuerza y vida propia.

HUGO ROSATI A.

ROLANDO MELLAPE ROJAS y RENÉ SALINAS MEZA: *Sociedad y población rural en la formación de Chile actual: La Ligua 1700-1850*. Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1988.

Se trata de un acabado estudio sobre una región chilena que, para recomendarlo, cuenta con el aval de sus autores y con una abundante base documental, constituyéndose por esto en una de las obras importantes últimamente publicadas en Chile.

Los autores, sobradamente conocidos, reafirman una vez más sus excelentes condiciones de investigadores. El profesor Mellape, ya ha publicado otros estudios que afirman sus grandes condiciones de conocedor y experto en temas de historia social. Queremos en especial destacar ahora al profesor René Salinas, de la Universidad Católica de Valparaíso, cuyos estudios de doctorado en la Universidad de Montreal lo acreditan como uno de los investigadores en demografía histórica más completos con que se cuenta actualmente en Chile.

Como lo recuerdan los autores en el prólogo, los datos en que se basa el presente estudio proceden de una investigación realizada hace ya cerca de 15 años en el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) de las Naciones Unidas. Esta investigación fue usada por Carmen Arrext, Rolando Mellape y Jorge Somoza en una publicación editada por el mismo CELADE con el nombre de "Demografía Histórica en América Latina. Fuentes y Métodos", que vio la luz en San José de Costa Rica en 1983. En aquella oportunidad, no se hizo mención alguna al aporte del profesor Salinas, omisión injusta que hoy es salvada en la obra que comentamos, colocando al fin el rol del autor omitido en su verdadera dimensión.

La obra, dividida en tres partes, se ocupa del marco físico y social, de las actividades económicas y de la población y la mentalidad. Con este amplio marco, se dejan analizados todos los factores que pudieron tener incidencia en la particular evolución histórica que experimentó el valle de La Ligua desde finales del siglo XVI hasta mediados del XIX. De especial interés es el análisis demográfico y su metodología de la cual se hace gala en los apéndices. Así ocurre con el análisis hecho a partir de la reconstitución de familias propuesta por Louis Henry que hasta ahora había sido utilizado para estudiar familias europeas y norteamericanas. Al usar la célebre ficha ideada por este autor, se advierte que ella fue ajustada a la realidad local, para poder así recoger los datos "originales" que podrían ofrecer las fuentes locales. Destacamos la honestidad con que son presentados todos estos antecedentes, señalando los autores los pasos metodológicos y la manera como fueron solucionando las carencias de datos o las insuficiencias documentales que, inevitablemente, se presentan en estas investigaciones, las que salvaron ciñéndose estrictamente a las técnicas que tan buenos resultados han proporcionado a este tipo de estudios en otras latitudes.

Si esta clase de obras sobre la realidad histórica de las regiones de Chile llegara a popularizarse, tendríamos sin duda una visión de nuestra historia nacional muy diferente de la que conocemos. Menos historias de ciudades de provincia, trabajos que apenas escarban en la superficie, y más análisis históricos de zonas o regiones que constituyen una unidad. Si estos llegan a ser hechos con la seriedad científica del presente trabajo podremos explicar mejor la vida y el desarrollo de amplias zonas de Chile cuya historia duerme a la espera de quien pueda despertarla. Así podríamos, también, explicar más cabalmente la vida real y el desenvolvimiento material y espiritual de aquellas regiones.

Digo lo anterior porque, precisamente, la zona de La Ligua nos parece atípica dentro de la estructura global del país. Por su clima, por su feracidad y su excelente ubicación con cercanía al mar y buenos puertos propios, pudo constituirse a fines del siglo XVI en una zona exportadora tanto de productos agropecuarios, como de artículos derivados de la artesanía industrial del cáñamo, tales como la jarcia y el hilo, de los cuales esta zona de La Ligua tenía prácticamente el monopolio de su producción. Esto explica la alta productividad de las haciendas o "estancias" de La Ligua, Pullalli, Valle Hermoso, Catapilco, Longotoma y otras que hicieron a sus propietarios muy adinerados. Esto explica también como, dentro de la pobreza tradicional de la sociedad chilena del siglo XVII, los afortunados poseedores de dichas tierras, pudieran ostentar un lujo y un estilo de vida muy desproporcionado al que tenía el resto del país. Tal fue el caso de los Bravo de Saravia, Lisperguer, Irrarrázaval y otras. Por supuesto, esta observación sobre la atipicidad de la región estudiada no es formulada aquí como una crítica. Sólo como un recuerdo de que es preciso llevar a cabo cuanto antes el estudio de otras zonas de Chile, más características que la que comentamos, para así llegar a generalizar con respecto a espacios todavía más amplios. Pensamos que esto sería posible si se llevara a cabo una investigación que tomase parte de la actual región del Maule, o que abordara una zona tan típica de la región central campesina de Chile como lo es el valle de Santa Cruz de Colchagua.

Otra observación que nos parece pertinente, es la relativa al término "mentalidad" que fue abordado en el capítulo VII de la Tercera Parte. Estimamos que es la parte menos lograda de este excelente trabajo y aparece allí como puesta sin calzar del todo con el resto de la obra. Casi como si hubiesen los autores sido forzados a referirse al tema. Nos parece que la especialidad llamada ahora "historia de las mentalidades" constituye un término vago que procura englobar muchos otros que ya habían sido tratados o estudiados por autores de éste y del pasado siglo. Parece que la definición correcta es la que fue aceptada hace ya muchos años por la Real Academia Española y que dice: "Capacidad, actividad mental. Cultura y modo de pensar que caracteriza a una persona, a un pueblo, a una generación, etc.". Si aceptamos lo anterior, los que se dedican a la historia social

en nuestro país y en el resto del mundo, habrían profundizado en estas materias hace ya largos años. En el siglo XIX con nuestros Vicuña Mackenna y Amunátegui, por lo que nuestros historiadores, de atenernos a esa definición, tendrían que constituirse en algo así como unos psicoanalistas de los que vivieron en el pasado, pero sin contar con un sofá adecuado para rastrear en la mente de los que ya murieron. Los autores que comentamos, se encuentran conscientes de estas dificultades, e incluso nos dicen que para hacer este estudio requerirían de "algunas muestras del producto cultural del grupo, de una catalogación y examen de sus escalas valóricas, de los símbolos e imágenes repetidas en el habla cotidiana, el folklore, representaciones oníricas, etc.". A falta de todo esto, piensan que es posible obtener algo de los testimonios históricos que proporcionan los testamentos y las licencias matrimoniales. Tratan de penetrar en lo precario y transitorio del mundo circundante, en el peso de la muerte y lo telúrico para finalmente caer en el tema de la mujer y la familia. Lo difícil de la empresa y lo precario de los resultados queda resumido en el propio juicio de los autores que concluyen (p. 224) diciendo que los determinantes de los usos y costumbres, creencias y vida cotidiana son acondicionantes escondidos en la estructura económica, social y demográfica: "Estos se mueven, evolucionan en diversos sentidos, según el complicado juego de interinfluencias que apenas si hemos esbozado. Van dejando huellas en aquel tiempo histórico más lento, donde lo religioso, los principios de la transitoriedad, el sentimiento de la muerte, etc., parecen determinantes." Nadie podrá estar en desacuerdo con una conclusión tan vaga. En lo que si podemos estar en desacuerdo es que la brillante investigación realizada por los autores, la excelente metodología utilizada, los estimulantes resultados que lucen en otras partes de esta obra, tan valiosa por muchos conceptos, no merecen comprometerse con un capítulo final como el que comentamos en el que las conclusiones son tan difusas y poco convincentes.

En síntesis, un aporte de sumo valor a la historiografía chilena contemporánea, el cual, pese a los reparos indicados, figurará sin duda por mucho tiempo como un señalado aporte al conocimiento de nuestro pasado.

ARMANDO DE RAMÓN

JUAN RICARDO COUYOUMDJIAN: *Chile y Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial y la Postguerra, 1914-1921*. Editorial Andrés Bello, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1986.

Como un resultado más de las pacientes investigaciones que el autor llevara a cabo en los archivos ingleses, aparece ahora esta obra que, como lo dice su prólogo, "corresponde a la tesis presentada a fines de 1975 a la Uni-

versidad de Londres como requisito para la obtención del grado de Doctor en Filosofía". Expresa también el autor que, junto con las fuentes trabajadas en Gran Bretaña, se investigó en fuentes chilenas, en especial las sesiones del Congreso de Chile y las memorias del Ministerio de Relaciones Exteriores de nuestro país. Indica finalmente que, luego de la presentación de la tesis, ha tenido la oportunidad de examinar otras publicaciones que han corroborado algunos datos, completado otros y enriquecido en general toda ella.

En cuanto a la motivación para trabajar este tema de la historia económica de Chile, indica que le interesó estudiar esta etapa que marca la declinación de la influencia británica en Latinoamérica y, desde luego, en nuestro país. Piensa que es una etapa que no ha merecido muchos aportes pese a que se trata, al decir de Sunkel y Cariola, de un "proceso crucial de transición" donde la declinación británica cedió paso a la presencia norteamericana. De ahí que la estructura de este libro siga fielmente este propósito y abunde en el análisis del comercio inglés en América Latina y Chile hacia 1914, la comunidad británica en nuestro país, y especialmente en la élite económica inglesa y sus inversiones en Chile haciendo una estimación de ellas frente a la competencia del comercio alemán y el norteamericano, que estaban comenzando a influir en la vida económica chilena.

De ahí en adelante, esta obra va siguiendo una especie de contrapunto entre la historia interna chilena (política y económica), y la problemática de la Guerra Mundial a partir de 1914, en especial las políticas comerciales británicas derivadas de aquel conflicto. Este método hace muy interesante la lectura de esta obra y nos muestra, descarnadamente, la interdependencia entre el desarrollo histórico chileno y los sucesos externos que nuestro país no podía controlar. Especial hincapié se hace en el nacionalismo económico chileno —única respuesta posible que encontraron las clases dirigentes de entonces para enfrentar desde acá la inexorable dependencia ya señalada— tema que es desarrollado por el autor en diversos acápitos y capítulos de este trabajo.

Sin duda que para Chile, luego del estallido de la Primera Gran Guerra, cobraba validez el dicho de que "tiempos de guerra" eran "tiempos de abundancia" a causa de que el estado de autarquía causado por aquella situación, impulsaba la creación de nuevas industrias o la ampliación de las ya existentes, creando trabajo y dando ocupación a mucha gente. Desde este punto de vista, la paz tenía que ser vista con temor por muchos, especialmente si la política económica de los gobiernos de la época era errática y no se apreciaban esfuerzos concretos por fomentar planes realistas a objeto de defender lo ya logrado. Sin duda que aquí estuvo el origen del proteccionismo que el Estado terminó dando a la industria manufacturera y que culminó con la creación de la CORFO en 1939. Así lo destaca también el autor que comentamos señalando (p. 112) que "las tendencias proteccionistas observables antes de la guerra, se acentuaron. El arancel aduanero de 1916 estableció una tasa general de 30% sobre el valor de todos los productos,

excepto materias primas y material semielaborado que eran gravados con una tasa menor, mientras que otras manufacturas recibían una protección adicional con gravámenes de hasta un 40% y 50%.

A pesar de los esfuerzos señalados, el país no era capaz de detener los intereses que apuntaban hacia América Latina y, en este caso, a Chile en particular. El reforzamiento de la presencia económica de Norteamérica era un hecho que, precisamente porque no todos podían apreciarlo en su exacta dimensión, avanzaba inexorablemente hacia la materialización de sus objetivos. Favorecidos por la guerra y por la apertura del canal de Panamá, los capitales de esta nación debían hacerse presentes en esta hora. Aunque este capital ya había comenzado desde antes a invertirse en servicios y comercio, fue dirigido de preferencia hacia la gran minería del cobre. También se hizo presente en el desarrollo urbano mediante el fomento de la inversión en obras públicas, tanto al interior de las ciudades como en los sistemas de comunicación entre ellas, alcanzando hasta las empresas que se dedicaban a la construcción y al loteamiento de nuevos sectores y barrios.

Una nueva ley permitiendo a los bancos de Estados Unidos a instalar sucursales en países extranjeros fue, a mi juicio, uno de los elementos que favorecieron la presencia norteamericana en Sudamérica y Chile desde la segunda década del siglo. Al instalarse en 1916 en Chile las primeras sucursales del "First National City Bank of New York", los círculos bancarios británicos adivinaron la evolución futura de los acontecimientos e interpretaron este hecho como la materialización de su deseo de cubrir todo el continente con un nuevo sistema bancario que ayudara a controlar el comercio ("The banking business is only incidental; the chief idea being to expand and control trade"), proporcionando a los clientes unas garantías que los antiguos bancos británicos en Chile jamás pensaron en otorgar ("Doing credit business on very liberal terms.") *.

Esta obra concluye, finalmente, que la guerra reorientó la dirección del comercio exterior chileno, mientras los países aliados aprovecharon (el autor agrega el término "abusaron") de su poderío económico y de sus vínculos con la economía chilena para destruir la organización comercial y financiera alemana en nuestro país. Este tipo de guerra económica, agrega, fue repetida y perfeccionada durante la segunda gran guerra entre 1939 y 1945. Por supuesto que este tipo de acontecimientos no caminaron siempre en la dirección esperada y por ello, el gran ganador terminó siendo Estados Unidos, el cual, ya en 1915, "había pasado a ser el mayor importador de productos chilenos y exportador a nuestro país, posición que consolidó después de la guerra (p. 247)". Ello llevó a Gran Bretaña a reconocer que América Latina estaba dentro de la zona de influencia de los Estados Unidos e imposi-

* University College London Library: Manuscripts and rare books room. Anglo South American Bank. A 8/5, 1914-16, Valparaíso 17-4-1916; A 8/7, Santiago, 11-4-1918.

bilitó que aquella nación pudiera implementar una ofensiva comercial destinada a amenazar la hegemonía ganada por esta República.

Por supuesto ya eran otros tiempos. Gran Bretaña fue la gran inversora en la industria del salitre a fines del siglo XIX. Estados Unidos, en cambio, y desde principios del siglo, se encontraba invirtiendo en la industria del cobre que pasaría a ser, desde la década de 1930, la principal fuente de exportación chilena.

En suma, un libro que nos describe con derroche de acontecimientos históricos poco conocidos, la transición de Chile desde el imperialismo inglés al norteamericano. Creemos que será obra de consulta muy utilizada por los que deseen profundizar los estudios acerca de nuestra historia durante las primeras décadas del presente siglo.

ARMANDO DE RAMÓN

JOHN MAYO: *British Merchants and Chilean Development, 1851-1886*. *Dellplain Latin American Studies* N° 22, Westview Press, Boulder (Colorado) y Londres, 1987, XIX, (1), 272, (2) páginas. Ilustraciones.

En el último tiempo la historia económica chilena del siglo XIX ha atraído la atención de diversos investigadores nacionales y extranjeros, cuyas monografías, en la mayoría de los casos valiosas, han ido iluminando las diversas facetas y conexiones de este rico campo de estudio. El presente libro de John Mayo, basado en su tesis doctoral, debe incluirse entre las más interesantes de aquéllas. El autor ha estudiado las actividades de los mercaderes británicos y su contribución al desarrollo nacional en los treinta y cinco años que median desde el inicio del decenio de Montt hasta el fin del gobierno de Santa María. Limitando las consideraciones teóricas al mínimo necesario para situar sus puntos de vista en el contexto del debate historiográfico actual y sin abundar en generalidades, Mayo ilustra, a través de múltiples ejemplos y casos, las variadas actividades económicas de los británicos residentes y el funcionamiento de las grandes casas comerciales que constituían el núcleo de sus operaciones. Para ello ha consultado un abundante material inédito: a los papeles de Antony Gibbs and Sons, Fred Huth & Co. y Balfour, Williamson, existentes en Londres, se suman los archivos públicos ingleses y chilenos y diversos documentos en manos de particulares en uno y otro país, además de la correspondiente documentación impresa y una amplia bibliografía. La riqueza de sus fuentes ya era conocida a través de los diversos artículos que publicara con anterioridad y que anticipaban algunos aspectos de la obra principal, entonces inédita*.

* Me refiero principalmente a "Before the Nitrate Era: British Commission Houses and the Chilean Economy, 1851-1880", *Journal of Latin American Studies*,

Durante el período de la Independencia llegó al país la primera oleada de súbditos británicos que, según lo ha planteado John Rector, sustituyeron a los mercaderes realistas en el comercio exterior*. Muchos de ellos terminaron por integrarse a la sociedad chilena y abandonaron sus actividades comerciales y financieras anteriores. Sea por el vacío que dejaron al retirarse de dichas funciones o porque su forma de operar no atendía adecuadamente a las exigencias de los exportadores europeos cuyos agentes eran, ellos fueron sucedidos —en un proceso aún no bien estudiado— por una nueva generación de comerciantes que mantuvo y acrecentó la presencia británica en Chile. Al respecto, Mayo anota:

Siendo aún mercaderes eran frecuentemente verdaderas compañías, las mayores de las cuales tenían socios tanto en Gran Bretaña, generalmente en Liverpool y a veces en Londres, como en Chile, casi siempre en Valparaíso. Tales casas eran suficientemente grandes para comprar y vender frutos del país por cuenta propia y a comisión y llevaban adelante los negocios de importación sobre la misma base (p. 7).

Algunas de estas firmas, como William Gibbs & Co. o F. Huth Grüning & Co., existían ya en la década de 1820; otras, como Williamson, Balfour & Co., Duncan, Fox & Co. y Graham, Rowe & Co., se constituyeron en la víspera de los años bajo estudio.

En forma creciente desde mediados de siglo —agrega el autor— pasaron a dominar el comercio exterior y sus socios irían a desempeñar un papel importante en las nuevas actividades económicas conectadas con el sector exportador, como ser la banca, los transportes y los seguros (p. 8), favorecidos por el fácil acceso a las fuentes de crédito en Inglaterra.

Al estudiar la naturaleza de la comunidad británica en Chile, encabezada por los personeros de estas mismas firmas comerciales, Mayo se refiere a los motivos de los británicos para venir al país; destaca su concentración demográfica en Valparaíso y la naturaleza transeúnte de buena parte de la colonia. A diferencia de lo que había sucedido con la generación anterior, los miembros de la comunidad británica, durante este período, se

Vol. 11 N° 2, noviembre 1979, pp. 283-302; "Britain and Chile, 1851-1886. Anatomy of a Relationship", *Journal of Inter-American Studies and World Affairs*, Vol. 23 N° 1, febrero 1981, pp. 95-120 y "La Compañía de Salitres de Antofagasta y la Guerra del Pacífico", *Historia* 14, 1979, pp. 71-102. Casi junto con el libro ha aparecido su artículo "The British Community in Chile before the Nitrate Era", *Historia* 22, 1987, pp. 135-150.

* John Rector, "Transformaciones comerciales producidas por la Independencia de Chile", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 143, 1975, pp. 107-126.

mantuvieron más bien aislados de la sociedad chilena, separación que era favorecida por las diferencias religiosas y la disciplina en la vida privada que se esperaba de los empleados y socios de las casas comerciales.

La gravitación de los representantes oficiales de Su Majestad en Chile era relativamente débil. Primaba la tarea comercial y consular por sobre la diplomática, de acuerdo con la política del gobierno inglés de limitar su intervención en estos países a la protección de las personas, sin perjuicio de los efectos que podría producir la presencia de la Marina Real frente a nuestras costas.

Las cifras relativas al comercio entre Chile y Gran Bretaña, que dejan en evidencia la importancia de este tráfico para nuestro país, preceden el estudio de las casas comerciales inglesas que lo llevaban a cabo. Los casos estudiados permiten apreciar los riesgos inherentes a sus negocios, principalmente el no pago de los créditos y anticipos a productores mineros y agrícolas a cuenta de sus entregas de producción, o en las ventas de mercaderías importadas. Estos adelantos no eran muy populares entre los socios principales, por lo general reacios a inmovilizar su capital de trabajo, siendo aceptados como un medio necesario para conseguir contratos de agencia. Fue la insolvencia de uno de estos deudores, la firma Sewell y Patrickson, lo que obligó a la casa Gibbs a iniciarse como empresaria minera y una situación similar con George Smith la condujo a la explotación salitrera en Tarapacá.

La participación de los ingleses en la minería chilena, empero, no estuvo limitada al campo financiero. Mayo recuerda los aportes del personal calificado británico al desarrollo de esta actividad, desde los capataces de Cornualles en Tamaya y Carrizal hasta los administradores y maquinistas en las minas de carbón. No faltan las referencias a las múltiples actividades de Carlos Lambert —cuyo diario, en poder del profesor Harold Blakemore, pudo consultar— y a las compañías mineras de Copiapó y Panulcillo. La presencia inglesa en la industria salitrera, que cobrará importancia en el período inmediatamente posterior al que se estudia, es abordado en función de las vinculaciones comerciales de Valparaíso con Tarapacá y Antofagasta, sin adentrarse en el contexto peruano. El caso de Gibbs, vinculado a las principales compañías productoras en una y otra provincia, parece haber sido la excepción; la mayoría de las casas comerciales no tuvo intereses en dicha industria durante esta época y se limitaba a la exportación de salitre, sea como agente o por cuenta propia. Al respecto, resultan decisivos los comentarios de Mayo sobre el destino posterior de los nitratos:

si Chile hubiera decidido mantener la propiedad de las salitreras, los británicos podrían haber manejado el negocio sobre la base de una comisión, del mismo modo que Gibbs se había hecho cargo del guano y salitre del Perú antes de la guerra, y todos se habrían beneficiado de la mayor capacidad para importar de Chile (p. 186).

Durante el período estudiado, el influjo británico se manifestó también, con mayor o menor fuerza, en tres otros ámbitos de la economía: el sector financiero, la industria y los transportes. En la primera mitad del siglo y aun después, las casas comerciales habían desempeñado funciones propias de bancos, ante la inexistencia de estas instituciones. Luego, cuando se fundó el Banco de Valparaíso en 1855, los británicos residentes suscribieron acciones y tuvieron una figuración importante en su administración y en los sucesivos directorios. También, aunque en menor grado, estuvieron vinculados al Banco Nacional. La cooperación anglo-chilena en la banca local contribuye a explicar las dificultades que tuvo la primera sucursal de un banco inglés en Valparaíso, que abrió sus puertas en 1874 y que debió cerrar cuatro años más tarde con la crisis.

En términos generales, la industria chilena no logró atraer capitales del público en la misma forma que el sector minero o la banca. Pese a ello, los empresarios británicos estuvieron representados en diversos rubros industriales como ser la molinería, las compañías de gas y, especialmente, las fundiciones. Más significativa, en cambio, fue la participación británica en la construcción y operación de diversas líneas ferroviarias y en los transportes marítimos a través de la Compañía de Vapores del Pacífico, lo que debe entenderse en el contexto de la preeminencia mundial que goza esa nación en dichos rubros.

Reconociendo su aporte general al progreso de Chile, Mayo recalca en sus conclusiones que el objetivo fundamental de los británicos, cual era ganar dinero, limitó de hecho sus actividades a ciertos sectores de la vida económica nacional. Esta concentración de su quehacer, que los hizo más visibles y que tuvo también una proyección geográfica, trajo resultados beneficiosos y negativos para el desarrollo nacional. Su mejor influjo fue en el comercio exterior, la banca y los seguros. En cambio, aunque los ingleses aportaron mejoras técnicas a la minería, no se interesaron mayormente —al menos durante esta época— por invertir capitales en ella o crear una industria nacional de cierta envergadura, sin perjuicio de su participación en determinados sectores de la misma.

En general, los británicos en Chile fueron modernos, en el sentido de que poseían habilidades que no existían en la república, pero a la vez eran modernizadores limitados, en cuanto su influencia estuvo limitada sectorial, geográfica y temporalmente (p. 241).

Mayo estima que la influencia británica en Chile, si bien significativa durante esta época, no puede considerarse determinante. Rechaza, pues, las afirmaciones simplistas de algunos autores en el sentido de que los ingleses fueron los principales responsables del mantenimiento de una economía exportadora y de frenar el desarrollo industrial. La evolución económica del país fue, en gran medida, el resultado de las decisiones de los propios chilenos.

Con todo, el valor de la obra de John Mayo no está en su tratamiento de estos problemas sino en la amplia ventana que nos abre al mundo empresarial anglo-chileno en sus variados aspectos, tan poco conocido y tan importante para una mejor comprensión del pasado nacional.

JUAN RICARDO COUYOUMDJIAN

THOMAS GÓMEZ: *L'envers de l'El Dorado. Economie coloniale et travail indigène dans la Colombie du XVIème siècle*. Publications de l'Université de Toulouse - Le Mirail, Toulouse 1984, 353 págs.

El autor analiza en este libro de historia económico-social de Colombia en la decimosexta centuria las zonas más significativas del país granadino. Esas regiones corresponden al valle del río Magdalena, principal vía de penetración al territorio colombiano y al altiplano muisca, lugar favorable para el asentamiento español, tanto por sus rasgos climáticos como por la índole pacífica de sus habitantes. En esa meseta el castellano erigió el Nuevo Reino con su capital en Santa Fe de Bogotá.

La obra se presenta como una estructura donde inciden varios factores.

Se pondera el elemento geográfico. El relieve y el sistema hidrográfico influyó para que Nueva Granada fuese un territorio de penoso acceso para el colonizador.

Subraya también el factor interétnico. Implicaba de parte del encomendero la utilización generalizada de la mano de obra indígena para el transporte fluvial y terrestre.

Esas exigencias de trabajo alteraron medios y modos de vida de la población autóctona, lo que originó su caída demográfica.

Para compensar la disminución de los naturales se utilizó, en los últimos decenios del siglo XVI, al esclavo negro para la "boga" por el río Magdalena y sus afluentes.

El autor analiza el elemento mítico como incentivo para la colonización española.

La idea de un país fabulosamente rico en oro se originó porque los chibchas del altiplano intercambiaban sus adornos del precioso metal desde el Caribe hasta el Pacífico, creando el interés del español de llegar a las tierras de "El Dorado".

El descubrimiento del altiplano muisca por los conquistadores desde Santa Marta (Jiménez de Quesada), desde Coro (Nicolás Federman), y desde Quito (Sebastián de Belalcázar), se explica por esa motivación.

Thomas Gómez analiza detalladamente la economía y la sociedad colombianas en la primera centuria del dominio español en Nueva Granada.

Destaca que las dificultades inherentes al enclaustramiento del país podrían servir de pretexto para justificar una mentalidad poco propicia al

cambio. Sin embargo, el autor pone de manifiesto que las autoridades locales se despreocuparon de mejorar la red de caminos e introducir un número suficiente de animales de carga para facilitar el transporte y aliviar la labor del indígena.

Se destaca en la obra la pobreza de metales en el altiplano muisca: el reverso de lo que se pensó sobre "El Dorado". Se explica este hecho porque la metalurgia aurífera chibcha se limitó a confeccionar objetos de culto con el metal importado de otras zonas. El territorio, por consiguiente, no contenía minas ni lavaderos de oro. Los encomenderos locales debieron conformarse con que el Nuevo Reino fuese granero y obraje para los centros mineros de Nueva Granada y los puertos del Caribe.

Para comprender la infraestructura económica del valle de Magdalena el autor informa sobre el tráfico fluvial, sobre el régimen de los puertos y sobre los caminos, puentes y vados. Señala la evolución de los precios de los productos de la zona y los que provenían del exterior. La diferencia de valores entre artículos importados y locales originó la rivalidad entre comerciantes y encomenderos.

Desde el punto de vista social Thomas Gómez subraya las duras condiciones a que estaban sometidos los trabajadores indígenas. La legislación trató de reglamentar la labor del transporte, pero no pudo evitar, como se señaló, el descenso demográfico de la población autóctona.

Se percibe, a través de la lectura de la obra, que el autor relaciona diversos temas, ya sean de orden geográfico, económico, social o demográfico, para mostrar la morfología de la sociedad colonial de Nueva Granada en la citada centuria.

Para la confección del libro el autor consultó fuentes inéditas provenientes de archivos españoles, ingleses y colombianos, documentación impresa y fuentes secundarias atinentes a Nueva Granada.

La obra está ilustrada con mapas y gráficos. Constituye un importante aporte para una mayor comprensión de la historia económico-social de Colombia en el siglo XVI.

HORACIO ZAPATER EQUIOIZ

SERGIO VILLALOBOS: *Origen y ascenso de la burguesía chilena*. Ed. Universitaria, Santiago, 160 páginas. Ilustraciones.

Al enfrentar Villalobos un problema de historia contemporánea encontró un problema adicional: el conceptual. Así, al iniciar su estudio sobre la burguesía chilena se ve obligado a dilucidar un concepto de burguesía, puesto que, como se apresura a reconocerlo, el lenguaje "es un problema" y la palabra burguesía "controvertida" (pp. 11-17).

Villalobos quiere "comprender lo que ella (la burguesía) fue", quiere realizar "una caracterización", y no debe buscarse en sus páginas una "condena" de esa clase, aun cuando se apresura a señalar que "la historia, como todas las ciencias sociales, no es ajena a la moral y ésta induce a formar juicios ..." (p. 12). Y en verdad es inevitable el juicio, y éste aparece a lo largo de sus páginas con profusión y también con ponderación.

En este ensayo, sin "sistematización rigurosa", Villalobos distingue dos etapas de la burguesía.

La primera corresponde al capitalismo comercial y aventurero de los siglos XV, XVI y XVII y no obstante que "el comercio, realizado también con armas a la mano, era de alto riesgo ...", este capitalismo de los primeros tiempos "estuvo marcado por la prudencia en los negocios, el escrúpulo moral y la sobriedad de las costumbres, porque prevalecían las categorías éticas de la escolástica" (p. 18).

Una segunda etapa se inicia en la mitad del s. XVII: "el capitalismo entra en su etapa de gran expansión y produce cambios fundamentales en la economía y en la sociedad" (p. 18).

Esos momentos y esas características se presentan, también en el caso chileno, naturalmente en forma circunstanciada.

Así, durante la colonia "los rasgos burgueses de la "aristocracia" son evidentes", y donde junto a los negocios inescrupulosos "perdura un fondo de moralidad, recato y prudencia de viejo estilo como consecuencia de la escolástica ..." (p. 22) cuya manifestación más clara la refleja Villalobos en una carta de Manuel Riesco a su hijo Miguel y que constituye "un documento estelar para comprender el ethos del quehacer mercantil" (pp. 25-30).

La transición entre las antiguas y las nuevas modalidades del comercio y sus respectivas categorías éticas la marca Villalobos en la "Memoria analógica" de Domingo Díaz de Salcedo y Muñoz, escrita en 1806, en la que aparece claro que no basta una concepción religiosa de la economía, sino que es necesario también buscar ventajas materiales para la sociedad (pp. 30-34).

La aristocracia chilena desde el s. XVII y hasta la independencia tuvo como rasgo predominante la gran propiedad agrícola, pero con un sello mercantil que le aportó la verdadera riqueza: con todo "sería exagerado denominarla burguesía" (p. 36).

La emancipación significó una paulatina pero decidida incorporación de la economía chilena al modo de producción capitalista (p. 39) con la constitución de un proletariado "que con su trabajo aportaría la riqueza a la burguesía" (p. 41).

En la época republicana resulta inevitable y decisivo el quehacer de una serie de personajes y/o familias que Villalobos enumera con paciencia: 111 extranjeros dedicados a "tareas comerciales, fabriles y técnicas" (pp. 41-43); 38 comerciantes chilenos de origen tradicional (p. 45); 32 mineros

e industriales mineros extranjeros (p. 48); 42 familias de mineros chilenos (pp. 49-50); 28 familias alemanas destacadas en la colonización de la Región de Los Lagos (p. 51) y 28 chilenos y extranjeros que participaron en la minería del guano, el salitre y la plata (p. 51) y 6 grupos de familias de banqueros (p. 52).

En los distintos grupos la acumulación de riqueza fue desigual, pero al promediar la Guerra del Pacífico se observa ya una preponderancia en las fortunas generadas en actividades burguesas (minería, industria, comercio y crédito) respecto a las provenientes de la agricultura (p. 58).

Y por aquel período, ya "se busca la riqueza creadora", con todos sus vicios; su necesaria ligazón con el poder político y sus determinantes consecuencias sociales (pp. 59-63).

Las familias burguesas se unieron a la aristocracia tradicional por múltiples vínculos y la aristocracia no opuso resistencia a la mezcla: "con espíritu muy abierto, admitió el ascenso de los nuevos personajes, sea porque ella misma poseía rasgos burgueses o porque las fortunas recién formadas tenían un brillo muy atractivo" (p. 71). Ello redundó en el hecho de que "la posesión de la tierra tuvo cambios muy significativos en la segunda mitad del s. XIX" naturalmente en beneficio de la burguesía (pp. 73-77).

Junto a la persistencia, cada vez con menos significación, de los viejos valores personificados en Juan José Montaneda y Juana Ross de Edwards (p. 83), Villalobos detalla "la influencia y encanto de la burguesía europea" en su homónima chilena (pp. 78-82) y en especial el significado del "gran modelo francés" con su embrujo, fantasía y despilfarro (pp. 84-104).

La burguesía chilena se caracteriza según Villalobos por su "relación con la aristocracia de viejo cuño" y por el simultáneo "aburguesamiento paulatino de la aristocracia que comenzó a participar en negocios diferentes a la agricultura" (pp. 106-107), al "mismo tiempo que la aristocracia fue "abandonando sus costumbres y sentimientos, para vivir en un ambiente refinado y lujoso" (p. 107).

El botón de muestra de esta burguesía con "resabios aristocráticos" lo encuentra Villalobos en Maximiano Errázuriz y sus hijos (p. 110) en quienes renacía en forma contumaz "el espíritu anterior al gran capitalismo . . . el capital tenía un fin moral: no era una riqueza para crear riquezas indefinidamente . . ." (p. 136). Pero junto a la virtud de unos, el vicio de los otros, ejemplificado esta vez en la triste experiencia vital de Alberto Blest Bascuñán según el relato que de ella hace Luis Orrego Luco (pp. 136-141).

Las últimas reflexiones de Villalobos se refieren al "tiempo oligárquico de la burguesía, tan marcado después de la Guerra Civil en 1891 y que se diluye entre choques a partir de 1920". La oligarquía ha consolidado su riqueza y disfruta de ella con holgura, pero los tiempos han cambiado y se necesita la presencia del capital extranjero y/o del Estado para financiar nuevas empresas (pp. 141-145). Sin embargo "había pasado el tiempo de

las empresas esforzadas y heroicas; la existencia se presentaba fácil para la oligarquía y había que vivirla en plenitud" (p. 145).

El caso del oligarca "definitivo" lo muestra Villalobos en Julio Subercaseaux Browne (pp. 149-160) que no es, en su opinión aislado y que resume el status oligárquico de principios del s. XX: "Perdido el sentido ético, el alto sector se encerraba en su ambiente perfumado y hermoso, sin querer saber nada en un mundo que cambiaba aceleradamente y con signos violentos" (p. 160).

El trabajo es más que un ensayo "sin sistematización rigurosa" como lo señala su autor. Villalobos se ha introducido de lleno en lo más contemporáneo de nuestra historia patria y ha sistematizado un conjunto de antecedentes sobre los cuales hasta ahora se hablaba en supuestos. Villalobos emite juicios que, ciertamente, producirán polémica, pero el diálogo es siempre un motor para el conocimiento y la ciencia. Con esta obra, la historia social chilena contemporánea se enriquece.

MATÍAS TAGLE DOMÍNGUEZ